

El conflicto esfinteriano y su rol en la subjetivación adolescente

Carlos Moguillansky¹

El padre –un viejo agricultor, cuya familia vivió por generaciones en Cracovia, pregunta a su hijo: "¿dónde piensas vivir?" El hijo dice: "iré a Varsovia". El padre reflexiona: "eso es muy lejos" y el hijo replica: "¿muy lejos de dónde?".

Cuento tradicional judío.

Introducción

Es difícil imaginar la transferencia adolescente sin la constante oscilación de su temperatura y su distancia, debido al estricto control de qué, cuánto y cómo se implica la intimidad de cada joven en el discurso con su analista. Son frecuentes las situaciones donde una buena sesión, en la que se ventilan hechos personales e íntimos, es respondida por una resistencia, con ausencias, largos silencios o una retracción transferencial. No es una RTN, al menos en su forma más habitual, pues esta oscilación emocional forma parte del desarrollo usual de la transferencia y da pistas sobre el intenso uso adolescente de la escisión yoica, más allá de su conflicto o de la condición de su personalidad. El control de la distancia emocional forma parte de los cuidados de aduana del adolescente sobre qué se comparte y quién tiene el dominio de lo compartido. Su preocupación forma parte de su cuidado por la expresión de su sexualidad, debido a su vergüenza, pero también en función

¹ 1425, Av. Las Heras 3745 11 C, CABA. Telefax: 48014561. cmoguillansky@gmail.com

del temor a perder su autonomía, ganada con tanto esfuerzo. En la pubertad se ve mejor que en otro momento de la vida, el estrecho vínculo entre lo pulsional y la relación de deseo con el semejante y tras ella, con los efectos de lenguaje a los que remite todo deseo. La represión y la escisión yoica forman parte del vínculo relacional con el que cada joven se liga al mundo interior y exterior y le permiten convivir con sus vivencias, a menudo muy contradictorias. Ambas defensas permiten resolver la metamorfosis de su personalidad y de su *Weltanschauung*. En la transformación, el púber apela a un tiempo de latencia, que medie entre su experiencia en bruto y las metáforas que lo ayudarán a dar un formato discursivo a la misma. La mediación temporal es de estructura (Moguillansky, C. 2012²), pues en ese lapso, largo o pequeño, ocurre una represión, imprescindible en la transformación narrativa. Hasta tanto ese efecto ocurra, el caos de la memoria puberal tiene un almacenaje escindido. Así mantiene sus vivencias sin pérdida hasta tanto una metáfora pensante dé con la silueta apropiada para contenerlas y permita al joven apropiarse de las mismas, en su condición de autor y de sujeto. El joven padece su vida o, para decirlo con más precisión, ella ejerce un efecto sobre él. Esa experiencia de pasibilidad suele confundirse con pasividad, tanto por los adolescentes como por los analistas que los atienden; sin embargo, la pasividad hace par con la actividad y ambas son efecto de una pasibilidad que les es anterior. Ésta, en verdad, se opone a apropiación, ese acto de subjetivación en el que una experiencia padecida es asumida como propia. En ese acto, algo migra de lugar, desde ese otro que se es hacia ese yo que se asume. En la adolescencia se experimenta la pasibilidad de un modo muy intenso. Algo sucede y provoca efectos, se presenta sin anunciarse, antes de que el joven pueda representarse lo que le ocurre. Este paso anterior de la presentación del cambio, respecto de la representación posible que pueda hacer cada joven de él, produce un efecto pasible. Dicha pasibilidad angustia y alguna vez llega a ser vivida como una verdadera catástrofe, pues el joven carece de formas y de categorías para entender su presentación. En ese caso debe esperar la llegada de una metáfora, que dé forma y comprensión a sus vivencias. Primero, debe dar forma, esto es, definir un lugar y un tiempo personal, que esté en concordancia tanto con el tiempo original de lo vivido como con el tiempo y el espacio singular de su propia experiencia. Luego, debe comprender lo vivido, dándole un significado propio a eso que "sucedió".

De ese modo la adolescencia vive una alternancia que marca la integración selectiva de sus vivencias dispersas. La metáfora ofrece un tiempo epigenético y da un orden nuevo a la dispersión puberal. A su alrededor se seleccionan experiencias, en el camino dibujado por

² Moguillansky, C. *Las latencias*. E. A. E. Stuttgart, 2012.

su evocativa atmósfera de sentido. El conjunto de metáforas surgidas durante la pubertad brinda una disposición epigenética para la futura constitución adulta. Ese trabajo es la culminación del proceso adolescente y genera la mediación metafórica y simbólica entre el mundo pulsional puberal y la vida de relación. Pero deja un saldo de estructura, que P. Blos llamó trauma residual, al referirse a las fijaciones sexuales infantiles que cimientan la frontera de sentido de la vida adulta.

La falta de una posible comprensión de las vivencias del púber produce un dolor y una perplejidad muy difíciles de tolerar. La culpa suele ser una salida corriente para estas dificultades y, en algún caso, lleva al joven a una vivencia de anormalidad. El equívoco bioniano entre *atonement* (expiación, redención) y *at-one-ment* (ser uno con eso que se es) ofrece una buena versión de los hechos, al remarcar la singular encrucijada puberal entre asumir su sexo y ser expulsado del paraíso. En medio de esa encrucijada está la indigencia del joven respecto de las formas y de la cosmovisión del discurso latente (de los padres de la infancia, que se acaban de abandonar).

Esa precariedad subjetiva del púber -en plena metamorfosis- lo obliga a extremar la vigilancia de sus fronteras subjetivas, que él siente amenazadas por la posible intrusión de un deseo ajeno y por la inesperada aparición de su propio deseo sexual. Esta doble aduana es en verdad sólo una, en tanto ambos regímenes -el deseo del otro y la vida pulsional- están en estrecha relación recíproca. Esa vigilancia tiene semejanzas con la experiencia del entrenamiento esfinteriano, en especial con el conflicto entre los deseos de autonomía y el deseo materno. El trabajo de subjetivación, propio del proceso adolescente normal, requiere la diferenciación entre la subjetividad parental y la del propio joven, que han tenido una misma historia infantil, con su mítico trasfondo fusional. El púber usa la dimensión vincular como una pantalla expresiva de su vida interior y se apoya en la decisiva contribución de su familia y su grupo de pares. Ambas agrupaciones sociales forman parte del entorno obligado del joven y juegan un rol material en el despliegue proyectivo e introyectivo del conflicto puberal. En ellas se asumen y delegan las figuras intermedias entre la vida social e intrapsíquica del joven y se anuda su vida pulsional al régimen del mutuo deseo. Esta última dimensión no es menor, pues en su vicisitud práctica -entre el mundo pulsional y el contacto social con los pares y la familia- se da el punto de divergencia entre la vida sostenida por el mutuo deseo o en el desvío defensivo de las prácticas de poder -la vida adictiva, la mutua entrega, la tiranía, etc.

La cualidad intermedia de la defensa proyectiva genera un haz de posibilidades, evolutivas y patológicas, que no conocemos aun en su cabal complejidad ni tenemos una definición de su naturaleza. Al abandono de la endogamia se agrega una intensa metamorfosis del ejercicio de la libertad. Y el epicentro de la experiencia muda de lugar, conforme se despliega y desarrolla la subjetividad del joven en el ejercicio de su propia vida. Todo cambia de perspectiva y se generan nuevos "km. 0" para los miembros de la familia. Mientras los padres ven la salida exogámica como un alejamiento afectivo, el joven se instala en un nuevo mundo, donde define sus propios deícticos, su nuevo lugar alejado de la familia original, pero propio de su destino. En esos actos, la posición del joven se transforma desde la sujeción obediente a la autoridad de sus padres, propia de la latencia, hacia el pleno arbitrio adulto, donde la responsabilidad de sus actos es la medida de su propia autonomía y libertad.

Esa transición no es pacífica ni gradual y cursa en el seno de un conflicto personal y vincular del púber con su familia y con los sucedáneos de sus padres y del grupo puberal, en el seno de un *gap* generacional. El conflicto es complejo y tiene al menos tres facetas importantes: el ser, el poder y el poseer. Primero, está en juego la cuestión del ser y de sus límites. Los padres y el púber se traban en un enfrentamiento donde los resabios de la fusión infantil se infiltran en las nacientes ansias de autonomía. El tema del ser sobrepasa la mera definición de identidades y se interna en una disputa sobre quién define al púber, sí él mismo o los padres, quienes insisten en proseguir tradiciones mantenidas en la infancia. En estrecha relación con el tema del ser surge la puja por el poder sobre la autonomía, entre el deseo del púber y la patria potestad ejercida por los padres. En ambos planos hay una lógica imposible entre los padres, que resignan un poder que ya no tienen, ante el púber, quien reclama un poder que en verdad ya ha obtenido. Finalmente, se agrega la dimensión del poseer, en especial en el terreno de la libertad. Una vez más estamos ante el clásico problema de un poder que se abdicar ante un golpe de estado que lo destrona –como en *Ricardo II*- (Shakespeare, W.1595³; Moguillansky, C.2014⁴). Las tres cuestiones generan una tensión bifrente ante dos frentes paralelos y sinérgicos, cuyo límite no está claramente definido: entre el joven y sus padres y entre él y su propia división subjetiva inconsciente. Dichas cuestiones entrelazadas generan una pregunta, que se renueva a lo largo de toda la juventud: ¿quién ejerce el imperio responsable sobre el ser, el poseer y el gozar del joven? Las mil y una fórmulas de esa cuestión pueblan la clínica con adolescentes, tanto en la

³ Shakespeare, W. *Ricardo II*, 1595-6. *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1960. Como lo ilustra el caso de Ricardo II, quien debe abdicar al haber perdido el poder real, considerado sagrado, ante sus adversarios.

⁴ Moguillansky, C. El narcisismo y las razones de su predominio. *Rev. Psicoanálisis APDEBA*, Vol. 2-3. 2014.

disputa vincular sobre la extensión de esos espacios como en la ambivalente conflictiva interior del púber. Ante la dificultad para definir con claridad la naturaleza de estos factores intermedios, a mitad del camino de instancias individuales, a mitad del camino de situaciones intersubjetivas, he preferido acuñar dos términos sin un preciso valor tóxico: las instituciones latentes y el debut adolescente. Ellas tienen la ventaja de ser nociones dinámicas, que se localizan sin dificultad como los polos activos del conflicto puberal: el primero como un factor de contención y el segundo como el aporte de una novedad vital que demanda un trabajo de invención (Moguillansky, C. 2012⁵). Si la pubertad es una experiencia mixta, vivida por un joven en el seno de dos o más agrupaciones de la vida juvenil: el grupo de pares y la familia; las ideas del debut y de las instituciones latentes localizan dos operaciones intermedias, que dan lugar entre sí a una experiencia evolutiva.

Esa cuestión fue vista tradicionalmente a la luz del narcisismo, como un polo del conflicto entre el ser y el tener (Blos, P. 1971; Aryan, A. 1985⁶). Esa polaridad es, sin embargo, aparente, pues la totalización narcisista es un recurso defensivo que encubre a otra lógica, derivada de la metamorfosis puberal. Ésta transformación reformula las funciones y produce cambios en los recursos y en el régimen narcisista, en camino a un nuevo equilibrio. Así cambian quienes dan, reciben y sostienen los recursos narcisistas, junto a los cambios profundos en el ejercicio de las funciones yoicas. El sostén narcisista ejercido por los padres de la infancia es remplazado por el superyó adulto y por los lazos vinculares nuevos -amigos o pareja- del adolescente, en paralelo a la cesión gradual de la patria potestad parental y la asunción de la responsabilidad adulta. El narcisismo inviste y colorea al conflicto evolutivo en esa transición, dando lugar a querellas territoriales donde se juega el mutuo poder y prestigio. Pero en todos los casos, el narcisismo tiene el rol súper-estructural de un beneficio secundario (Freud, S. 1926⁷).

Desde otra perspectiva, el narcisismo acompaña al proceso de subjetivación, que normalmente ocurre en la adolescencia normal (Cahn, R.1991⁸, 1997⁹) y, eventualmente, complica las confusiones que surgen en su desarrollo, afectando la diferenciación personal

⁵ Moguillansky, C. Las instituciones latentes y el debut adolescente. controversiasonline@apdeba.org 10, 2012.

⁶ Aryan, A. Metapsicología de la adolescencia. *Rev. de Psicoanálisis APDEBA*. 1985. Aryan, A y Moguillansky, C. *Clínica de adolescentes*, Bs. As. Teseo, 2009.

⁷ Freud, S. (1926) *Hemmung, Symptom und Angst*. Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Wien. *Inhibición, síntoma y angustia. Obras completas*, Bs. As. Amorrortu, 1979.

⁸ Cahn, R. Du sujet. *Revue Française de Psychoanalyse*, 1991, 6:1353.

⁹ Cahn, R. Le processus de subjectivation. Ladame, F et al. *Adolescence et psychanalyse*. Lausanne.1997:213.

(Ibíd.¹⁰), en especial la constitución del *Superyó* y del *Ideal del Yo*. Bajo estos avatares de la defensa, aflora el real conflicto sobre el ser, el tener y el gozar en torno a dónde acontecen, quién los ejerce y, sobre todo, quién se hace responsable por sus efectos en el Yo y en el entorno. El transvasamiento generacional de funciones es un acto correlativo a la asunción de un sexo que, en cierto sentido, es aún ajeno para su propio usuario. Esta coexistencia suele conducir a una oscilación defensiva, en la que el conflicto vincular resulta el campo propicio para la exposición dramática del conflicto intra-subjetivo. El púber apela al auxilio de su familia para enfrentar sus dificultades en la solución de su sexo emergente. Y en ella encuentra un terreno dramático fértil –especialmente en las querellas familiares– para dar lugar y expresar el conflicto sexual en la clave de un problema sobre su autonomía y su libertad. La discusión familiar –con sus rostros definidos– ofrece una exposición posible al borroso conflicto sexual, cuyas instancias no están claramente diferenciadas para el joven. Ese deslizamiento dirime el tema sexual en el terreno vincular, que sin dudas es menos resbaladizo para el púber que la dimensión sexual original. La confusión entre el conflicto sexual y la disputa vincular es el corazón del conflicto puberal, cuyo trabajo de diferenciación es la base de la posterior subjetivación del joven.

La singular reactivación edípica de la pubertad propone un problema en distintos niveles: por un lado una cuestión sexual intrínseca a la asunción del sexo genital definitivo y, por el otro, una cuestión vincular, donde el púber se diferencia de sí mismo y de sus padres de la infancia, en el camino hacia la apropiación de su lugar singular. Esos planos se cruzan y confunden entre el debut por un lado y la institución latente, por el otro, en la disputa por espacios, puertas, horarios y en general todo aquello que ejerza un límite o una discriminación entre las funciones parentales y las infantiles. La mutua posesividad da un color agresivo a esos intercambios, al ver una traición en cualquier acción autónoma. Si en esas condiciones se acuerda una mutua entrega, el pacto posesivo estabiliza la familia a lo largo de la adolescencia y dura después de ella durante años. En la tiranía mutua, la agresividad vincular manifiesta encubre al sostén cómplice desmentido, que eterniza la ilusoria visión familiar del ya perdido mundo infantil.

Los mismos hechos se expresan en el plano intrapsíquico en un síndrome de trastornos asociados al *Superyó* sádico. La falta de una adecuada diferenciación subjetiva impide distinguir la ley genérica y la ley local, que es evocada por la figura de uno de los padres. Esa confusión genera dobles escenas, divididas por la escisión psíquica. Ellas tienen

¹⁰ Nota: Para R. Cahn el trabajo de la subjetivación es un proceso de diferenciación subjetiva del joven, antes que un proceso de separación-individuación.

distinta forma, según el compromiso del púber y de su familia con la ley local idiosincrásica: a) una de ellas es pública y compartida por la vida familiar y la otra tiene un carácter secreto o clandestino, en la vida privada del joven o en la vida compartida del grupo puberal, o b) una es compartida con la sociedad y la otra es clandestina en la vida familiar. Las escisiones son usuales en la vida familiar de un joven y forman parte de la singularidad productiva de cualquier subjetividad –individual o familiar-, que suele apartarse de la generalidad de la tradición social y contribuye a la evolución generacional de cualquier cultura. En los casos patológicos, la fuerte erotización del apego familiar estimula la vida clandestina con una mayor escisión y se impregna de culpa, de vergüenza y de ideas de anormalidad sexual. Se quiso encontrar un límite metapsicológico para explicar esa diferencia en las perversiones y las estructuras narcisistas. Sin embargo, creo que, al encontrar el origen de estas variaciones en el apego erótico ambivalente de los jóvenes con algún miembro de su familia, se pueden resolver estas formas de expresión del conflicto con el mismo instrumento que usamos ante el conflicto neurótico ordinario. En la clínica se observa un paralelismo entre el apego infantilizante y celoso y la intensa defensa del/a joven ante el embate sexual, que exige una gran diferenciación subjetiva para su pleno ejercicio. En el conflicto puberal, la discriminación y el apego están en tensión con el factor sexual. Entre ellos se dirime la puja entre la producción y la repetición o bien, entre la transformación inventiva y la tradición.

La discusión familiar sobre los límites de la libertad adquiere un singular valor erótico y narcisista y, en la práctica, constituye el punto de partida de idas y venidas, intrusiones y expulsiones mutuas, donde se juega la relación emocional entre los padres y los hijos. Esas disputas expresan la singular distribución de espacios y de roles eróticos. Lo edípico es omnipresente, pero su actualización instauro confusiones en el significado de los lugares y de los roles asumidos y adjudicados. Las confusiones tienen formas diferentes, conforme a la configuración familiar y a las expresiones del *Superyó* puberal. La disociación del *Superyó* en dos o más figuras –una benigna y otra estricta- genera alianzas con un progenitor y exclusiones con el otro: “no le digas a papá/mamá” o bien “esto mejor no le contamos a...” ilustran el formato típico de esas infracciones a la ley genérica, conforme a una ley local que se instala alrededor de un personaje, al que no se le debe decir la verdad, para sostener la escisión entre los dos polos del conflicto. La cuestión del ser y de la libertad se une con los temas sexuales del poseer y el gozar y dan como resultado un gradiente continuo de infracciones a la posesividad del celoso e infracciones a la ley edípica, edificada sobre esas mismas espaldas. La falta de una adecuada destitución del *Superyó* latente

permite la expresión de un *Superyó* sádico temido, cuya actitud persecutoria puebla el escenario del cuerpo infantil con una infinidad de raptos, ladrones, intrusos, violadores, etc. que amenazan con invadir la casa-vecindario-cuerpo del púber. Tras el síntoma fóbico de muchos púberes encontramos una severa confusión de niveles y de planos generacionales, que anula la ley edípica. La culpa por el "exceso" de libertad convive con la culpa edípica, asociada a la reactivación sexual puberal; y genera síntomas culposos difusos que se expresan en reproches, rituales, fobias y en una reactivación de los trastornos esfinterianos. En suma, el temor forma parte de una escena general donde el argumento central es el descontrol pulsional. Ese tema se expresa plásticamente como un raptor que controla la situación, por un ladrón que roba o invade la intimidad de la vida familiar o por un delincuente sexual que amenaza ejercer un sexo temido y deseado. Estas amenazas ilustran la lucha defensiva por el control de la conciencia entre la institución latente y el debut sexual que hace sentir su impacto pulsional. El conflicto sexual adquiere el formato plástico de una amenaza real y accede a una defensa consensuada por el joven y su grupo familiar o puberal. Si el conflicto adquiere el carácter de un secuestro, en el que un aspecto del adolescente ejerce una coerción amenazando dañar a una víctima inocente, usualmente ubicada en él mismo, estamos ante un severo trastorno de escisión, que discutiremos al final de este texto.

En el seno de dichas confusiones, el vínculo entre las distintas generaciones suele deslizarse hacia una relación pseudo-amistosa o a una erotización pseudo-marital. Ese sesgo erótico genera escenas de entrega y exclusión familiar, cuyo verdadero significado se oculta detrás de racionalizaciones, en un secreto a voces. Esas singulares lealtades ambivalentes fueron descritas en diversas oportunidades. Blos mostró esa clínica en la adolescencia femenina y la llamó delincuencia sexual, enfatizando el rol trasgresor de la promiscuidad pseudo-heterosexual, como efecto de la seducción materna infantil, homosexual y narcisista (Blos, P. 1971¹¹). Chabert ilustró un hecho similar en el reporte de una adolescente con un severo acting-out, que encontró alivio tras el uso interpretativo de la saga *Piel de Asno*, cuya trama describe una entrega infantil al deseo incestuoso paterno (Chabert, C. 1989 [91]¹²). No siempre el apego es erótico; también puede ser agresivo. La

¹¹ Blos, P. *Psicoanálisis de la adolescencia*. México, Mortiz, 1971.

¹² Chabert, C. Presentación de un caso clínico. *Journal de Psychanalyse de l'Enfant*, No 7, 1989. *Revista de Psicoanálisis APDEBA*, Vól. XIII, No 3, 1991. El reporte ilustra un inesperado efecto post-traumático, pues la eficacia de la saga parece haber resultado a partir de la ligadura transferencial del nombre de la analista con el nombre de la actriz que interpretaba el film *Piel de Asno*, Catherine Deneuve. De ese modo, el film brindó una metáfora eficaz a un hecho de la vida sexual personal y familiar que, si bien podía ser recordado, carecía de un sentido decible y pensable para la joven Blanche.

dependencia proyectiva en un depositario genera un apego más tenaz y de mayor intensidad que una relación erótica. Estos hechos abonan a favor de la eficacia de experiencias sexuales de diversa índole que no encuentran una trama metafórica-simbólica que les dé un asidero en el campo de la institución latente. Cuando esa trama narrativa es provista –como ilustra el reporte de Chabert- la confusión y el acting out se pacifican, pues la institución latente contiene la emergencia sexual y otorga una deriva simbólica. El predominio de la transferencia a la palabra releva a la institución latente del contacto emocional directo que es decisivo en la infancia, y atenúa la necesidad de un depositario y de una continuidad real de la experiencia. La interiorización del *Superyó* y la remodelación del mismo, siguiendo las exigencias del *Yo*, son pasos evolutivos que permiten la autonomía y libertad necesarias para la diferenciación y subjetivación puberal, al relevar el contacto emocional directo en un vínculo intra subjetivo.

En el púber, la necesidad de una continuidad de la experiencia y el desarrollo de experiencias transicionales conviven con la franca ruptura de sus creencias e incluso con severos cismas vinculares. La idea de un equilibrio estático pierde fuerza ante la dinámica que está implícita en los procesos de identificación y desidentificación, que son solidarios con la diferenciación y la discriminación subjetiva del púber. La naturaleza enseña en todos sus niveles que los mismos elementos pueden funcionar en direcciones y con motivos opuestos. Según Heráclito el arco y la lira tienen el mismo principio funcional. Esa misma economía de motivos y de materias está presente en el desarrollo adolescente, donde conviven procesos de destrucción y de desarrollo, en un acople solidario y sinérgico. La polémica entre ruptura y continuidad pierde valor ante la paradójica convivencia de experiencias contradictorias –infantiles y en proceso de maduración- en la vida puberal. La disociación es una defensa presente en todas las fases del proceso de subjetivación y, más allá de sus excesos defensivos, favorece la normal coexistencia evolutiva de distintos desarrollos de la vida emocional. Los procesos disociativos juegan un rol de primer orden en la evolución puberal y en la resolución del conflicto entre factores contradictorios y se expresan en la tensión de la lealtad narcisista o infantil frente a la salida exogámica, o bien en el temor a la amenaza intrusiva de lo desconocido frente al acicate de la curiosidad, etc. Más allá de su solución defensiva específica, la escisión impone una moratoria del conflicto actual, a la espera de nuevos, más maduros o más sofisticados caminos de elaboración. Por el contrario, la integración precoz de los mismos genera un obstáculo evolutivo, al incrementar las ansiedades depresivas sin un correlativo desarrollo de las posibilidades de

elaboración. En ese caso, las detenciones del desarrollo adquieren un carácter fóbico o culposo que se asemeja a los conocidos problemas de la RTN.

El conflicto esfinteriano

La presentación previa de los factores presentes en el síndrome puberal permite introducir la perspectiva del conflicto esfinteriano. Se puede pensar el mismo como una cuestión vincular, en la que se juegan los poderes de cada generación –la lucha generacional- o como el desasimiento del deseo puberal respecto de su ligadura al discurso y deseo maternos. Cada perspectiva brinda su propio color y ofrece distintos matices a la clínica del mismo. En alguna medida, ese conflicto se presenta siempre en la evolución puberal, pero su importancia radica en los aspectos extremos de la misma, cuando se genera una patología de la adolescencia. Debemos sospechar su presencia cada vez que enfrentamos una erotización esfinteriana cuyo significado no sea claro. Por ejemplo en los casos de trastornos alimentarios –disoréxicos, anoréxicos y bulímicos-, en los casos de polimorfismo sexual, donde la búsqueda de un contacto tierno se enmascara en una confusa promiscuidad, en el abuso de laxantes, diuréticos y medicinas, al servicio de dudosas estéticas corporales, que oculta una secreta dismorfofobia o un delirio de deformidad corporal, en la compra abusiva de diversos productos de consumo adolescente, que busca curar con el poder la impotencia del joven para tener un equilibrio en su amor objetal o narcisista. En algún caso, en esos cuadros se agrega una clínica de “impresiones corporales autoinfligidas” –escoriaciones, cortes o tatuajes; cuyas marcas lesionales físicas intentan resolver una seria confusión en la vida psíquica. Esta sintomatología se acompaña de una inadecuada discriminación de los roles y funciones de la vida social familiar y de una severa alteración del vínculo del *Superyó* con el *Yo* puberal. Este vínculo sufre una escisión y da como resultado dos figuras superyoicas contrastantes: por un lado, la figura sado-persecutoria, asociada al mundo exogámico, y por el otro, la condescendiente e infantilizante, que sostiene la creencia del mundo familiar congelado infantil. Los relatos del paciente se pueblan de escenas que surgen en un *loft* indiscriminado y confuso, en un mono ambiente donde las intrusiones y exclusiones mezclan diversas funciones vinculares sin orden ni concierto, en un clima muy promiscuo, sin respeto por la reserva ni la mutua

intimidad. La invitación forzada a participar de una escena primaria borrosa ilustra el clima de erotización vincular.

Detrás de ese juego de intrusiones se insinúa el mundo vincular irreal, creado para fijar una escena infantil congelada, en la que se mantienen los roles parentales y filiales de la segunda infancia. Las relaciones intra-psíquicas e interpersonales remedan la irrealidad del *Truman Show*¹³, donde la escenografía psíquica mantiene la vigencia de una vida artificial y enclaustrada, agorafóbica del mundo exterior real. Padres e hijos adolescentes se unen en una cruzada anti dolor psíquico, donde el temor -al sufrimiento de la vida adulta y a la separación de los lazos infantiles de la vida familiar- produce una severa mutilación de la capacitación adolescente y de las futuras funciones adultas del joven. En ese limbo se preservan ideales de los padres -que no fueron resignados- y posiciones megalomaniacas del adolescente. Se instala un pacto cómplice de sostén de una vida irreal, toda vez que ella se sostiene por fuera de la propia y genuina sexualidad del púber, al remitir al deseo materno de apropiación y de retención de su fruto. Las descripciones narcisistas que evocan un clima de elación respecto del dolor, propio de cualquier crecimiento, forman parte de la evitación del duelo, materno y puberal, respecto del *statu quo ante* infantil.

Las transitorias libertades y holguras manifiestas sólo ocultan un gran sufrimiento psíquico, oculto y escindido, que suele retornar en una expresión corporal, bajo la forma de una severa inhibición o de una enfermedad; los trastornos digestivos crónicos de esa edad merecen ser estudiados a la luz de estas consideraciones, al igual que la impotencia laboral y la indefinición vocacional. Esta clínica esfinteriana ilustra un trastorno en la discriminación subjetiva y en la diferenciación, implícitas en el trabajo de subjetivación. Los jóvenes quedan atrapados en una telaraña subjetiva, a mitad del camino de una prisión vincular y a mitad del camino de un encierro fóbico personal. En los casos más severos, la situación se complica con el secuestro extorsivo de una víctima infantil inocente, al servicio de la tiranía de un aspecto defensivo del Yo, que se erige como salvación del terror infantil ante los efectos depresivos del ejercicio sexual.

La reconstrucción de la adolescencia de una joven ilustra estas ideas. Beatriz es una joven ingeniera que estudió con ahínco su carrera para, según su propio decir, pagar la deuda de honor que tenía con sus padres, pues ella hubiera deseado ser arquitecta. Por la época de la consulta, ella convivía con un joven violento que estaba desempleado y

¹³ *Truman Show*, (1998) film dirigido por P. Weir y escrito por Andrew Nicoll, protagonizada por Jim Carrey.

apegado pasivamente a su propia madre, quien en la práctica solventaba sus gastos. Él le revolvía sus cosas para vigilarla y sacarle cosas de valor, que luego vendía. A su turno, Beatriz no reaccionaba ante estos hechos pues no toleraba perderlo, "me muero si él se va". Las violentas peleas incluían un severo maltrato físico. Él le había arrojado un spray insecticida en los ojos y ella respondió con un mail lleno de reproches que, por "error", envió a sus propios padres. La madre reaccionó muy enojada y echó al joven de la casa de su hija. Beatriz, aterrorizada, le dijo: "¿dónde va a dormir, en la calle?". El apego del joven con su madre y con Beatriz era paralelo al apego de Beatriz con su propia madre. Ella iba a su casa a limpiar, llevarle la comida y revisarle todo. Una frase compartida entre ellas resumía la situación afectiva: "¿cierto que sos mía?". La vida sexual de Beatriz había sido un tabú y cuando le contó su debut a su madre, ella reaccionó llorando. Luego, en la convivencia con este joven, el sexo fue violento, "tenemos un sexo salvaje, como si yo fuera una puta". Esa frase tenía el correlato de los insultos de su madre quien la tildaba de "puta villera". El discurso materno apropiador mantiene su vigencia dentro del discurso filial de Beatriz, ofreciendo un lugar de reparo identificante a su ejercicio sexual –"si sos sexual sos una puta villera, traidora de tu estirpe (y de tu madre)".

Beatriz se había cortado la piel un par de veces, en ambas en respuesta a una pelea con su madre y con su novio. Las dos parejas –con su madre y su novio- tenían un clima similar, donde la entrega mutua, pasional y violenta, expresaba un pacto de mutuo dominio emocional. Ese clima mantenía un mundo de actos repetidos durante años, congelados desde la segunda infancia, donde la doble escena escindida distribuía un mundo exogámico aterrador –"¿dónde va a dormir, en la calle?"- en contraste con el mundo de la familia, donde se alternaban escenas de apego y violentas peleas. La promiscuidad y la violencia sexual no eran síntomas de una libertad lograda. Por el contrario, ilustraban el dominio esclavizado de los vínculos endo /exogámicos indiscriminados. La transferencia no era ajena a estos intercambios intrusivos y violentos. La analista debía sostener con esfuerzo el encuadre analítico ante las permanentes novedades del intenso acting-out. A los seis meses de iniciado el tratamiento un hecho sirvió para denunciar la confusión de la escena desde un lugar más accesible para Beatriz: ella había ido a una ciudad balnearia con sus padres y habían contratado una habitación triple. El conserje del hotel advirtió que ella no era una nena, tal como se había confundido en la reserva y les dijo que debían tomar una suite, algo más cara. Esa escena, contada con mucha vergüenza por Beatriz, ofreció una mirada, aún externa pero convincente, que denunciaba el secreto a voces familiar. Esa situación derivó en otro hallazgo. Beatriz había podido advertir que ella trabajaba hasta el límite de sus

fuerzas y que esa situación le ofrecía un ambiguo placer para ella. Por esa vía se pudo acceder al abuso y a la complacencia que medraban en las escenas vinculares y que ahora surgía en su mundo personal, como una secreta auto entrega masoquista. El mundo interno expresaba la misma escena de la vida vincular, como una reiteración fractal de un mismo motivo, que se manifiesta en lo grande y en lo pequeño, en lo antiguo y en lo actual, sin un origen claro que pudiera indicar su inicio, aparente o real. En un aspecto, se trataba de una afección que afectaba a cada miembro de la familia como un acontecimiento que adoptó una solución fallida; en otra dimensión, cada quien podrá recuperar esa experiencia en términos de las propias coordenadas de su vida psíquica, como una expresión de su repetición elaboradora.

Bibliografía

Aryan, A. Metapsicología de la adolescencia. *Rev. de Psicoanálisis APDEBA*. 1985.

Aryan, A y Moguillansky, C. *Clínica de adolescentes*, Bs. As. Teseo, 2009.

Blos, P. *Psicoanálisis de la adolescencia*. México, Mortiz, 1971.

Chabert, C. Presentación de un caso clínico. *Journal de Psychanalyse de l'Enfant*, No 7, 1989. *Revista de Psicoanálisis APDEBA*, Vól. XIII, No 3, 1991.

Cahn, R. Du sujet. *Revue Française de Psychoanalyse*, 1991, 6:1353.

Cahn, R. Le processus de subjectivation. Ladame, F et al. *Adolescence et psychanalyse*. Lausanne.1997:213.

Freud, S. (1926) *Hemmung, Sympton und Angst*. Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Leipzig-Wien. *Inhibición, síntoma y angustia. Obras completas*, Bs. As. Amorrortu, 1979.

Moguillansky, C. *Las latencias*. E. A. E. Stuttgart, 2012.

Moguillansky, C. Las instituciones latentes y el debut adolescente. controversiasonline@apdeba.org 10, 2012.

Moguillansky, C. El narcisismo y las razones de su predominio. *Rev. Psicoanálisis APDEBA*, Vol. 2-3. 2014.

Shakespeare, W. *Ricardo II*, 1595-6. *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1960.